

# La Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 19 DE JUNIO DE 1911

Núm. 1.538

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1911



LAS MÁSCARAS, cuadro de Alfredo Agache.

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)

## ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á los señores subscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA que estamos imprimiendo el tercer tomo de los correspondientes á la serie del presente año.

Este tomo será el primero de

## NAPOLEÓN I ÍNTIMO

y en él se estudia al hombre, al soldado, al cónsul y al emperador en su vida privada, todo ello según documentos oficiales, correspondencias, biografías y memorias de la época, é ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de retratos, estampas, objetos y documentos auténticos.

Con esto queda dicho hasta qué punto será interesante esta obra, escrita por D. Juan B. Enseñat, académico correspondiente de la Historia.

## SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Lill*, cuento de Magdalena S. Fuentes. — *Eduardo Marquina*. — *Roma. Homenaje á la memoria de Fortuny*. — *Justicia humana* (novela ilustrada; continuación). — *Buenos Aires. Monumento á Cristóbal Colón*. — *Montserrat. Inauguración del monumento á los héroes del Bruch*. — *La revolución de México*. — *Barcelona. Exposición de fotografías en el Salón París*. — *Libros enviados á esta redacción por autores ó editores*.

**Grabados.**—*Las máscaras*, cuadro de Alfredo Agache. — Dibujo de Brull que ilustra el cuento *Lill*. — *Eugenio Delacroix*, retrato pintado por él mismo. — *Los naufragos*, cuadro de Eugenio Delacroix. — *El hogar del pescador*, *Paisaje vasco*, *Sidrería*, cuadros de Baldomero Gili y Roig. — *Sus Majestades los reyes de Inglaterra con los trajes que llevarán el día de la coronación*, dibujos de S. Begg. — *Retratos pintados por S. Zaragoza*. — *El ensayo*, cuadro de Salvador Tuset. — *Delicias del hogar*, cuadro de Imre Knopp. — *Eduardo Marquina*. — *Roma. Descubrimiento de una lápida en la casa en que vivió Fortuny*. — *Buenos Aires. Monumento á Cristóbal Colón*, obra de Arnaldo Zacchi. — *Montserrat. Inauguración del monumento á los héroes del Bruch*. — *San Miguel Arcángel*, estatua de J. Arnau. — *La revolución de México* (cinco fotografías). — *Barcelona. Exposición de fotografías en el Salón París*.

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La principal cuestión de estos días en Barcelona ha sido y continúa siendo la cuestión de la moralidad. Pornografía, juego, *hemofilia*, degradación de los espectáculos, han sido traídos á discusión en mitines de protesta, en artículos de periódico, en preguntas é interpelaciones del Parlamento. ¿Será Barcelona una ciudad inmoral y más corrompida que sus similares europeas? Yo no puedo creerlo. ¿Serán, por el contrario, vanas é injustas esas declamaciones contra la corrupción y liviandad ambientes, y no tendrán otro fundamento que el humor pesimista y suspicaz de cuatro solitarios, mal avenidos con la expansión de nuestro tiempo? Tampoco.

Ninguna persona de gustos delicados, por más tolerantes y amplias que resulten sus ideas, puede negar una notable relajación en el arte, en la prensa, en el teatro y en las costumbres. Pero hay motivos para creer que se trata hasta ahora de una dolencia superficial, exterior y en cierto modo superpuesta, antes que de una infección interna y orgánica. Me explicaré, aprovechando para ello la ingeniosa distinción de Unamuno, entre lo histórico y lo intra-histórico: lo histórico, representado por la espuma, por la capa cortical que envuelve las cosas y hiere la vista del espectador; y lo intra-histórico que forma el gran macizo interno de los pueblos, el soporte y la base eterna, oculta y sólida, de la cual aquella superficie resulta, muy á menudo, no ya la expresión, sino el disfraz y la máscara. La inmoralidad con que se preocupan actualmente los moralistas, se parece mucho á las pasiones cerebrales y de cabeza que, en épocas de romanticismo, solían suplir la ausencia de los afectos hondos é inconfundibles, cuando la literatura necesitaba de ellos. Es un fenómeno intelectual, de falsa elegancia y en gran manera ficticio. Lo que no puede negarse es la necesidad de reaccionar contra él, ante el peligro de que lo imitado acabe por convertirse en ingénilo y por ganar la entraña escondida, y hasta ahora indemne, de la sociedad.

Barcelona ha sido en todos los tiempos un país de frontera. Mas no de una sola frontera sino de tres, de cuatro, de todas las fronteras imaginables. Su situación marítima la conyerte, como ha podido decirse, en el vertedero común de todo el Mediterráneo. En poquísimas poblaciones será posible hallar una corriente más intensa de cosmopolitismo junto á un espíritu local tan acentuado. Aquella corriente se en-

cuentra ahora secundada por un gran auxiliar interno: por nuestra manía, por nuestra «fiebre obsidional» de la europeización. Nos encontramos en el punto supremo y culminante de esa fiebre; sufrimos un ataque agudo de *rastacuerismo* y declaramos intangibles todas las plagas con tal de que invoquen, á guisa de conjuro ó talismán sagrado, la palabra ritual: ¡Europa! «En Europa esto es lo corriente;» «Europa lo tiene admitido hace años en sus costumbres é incorporado á sus leyes;» «Europa va á desternillarse de risa cuando se entere de nuestros aspavientos y *tartuferías*...»

Los absurdos y las ridiculeces más estupendas lograrían ahora ser aclimatados aquí, con sólo manejar hábilmente ese vocablo. Para ser europeos haríamos cualquier cosa, incluso vestirnós de salvajes. Claro es que suele calumniarse á Europa, lastimosamente, sacándola como escudo de cuanta necedad y simpleza se nos pasa por el magín, y que experimentan no pocas decepciones los compatriotas nuestros que viajan por países extranjeros, si de buena fe aceptaron muchas de las patrañas y embustes que aquí se cuentan para desarmar á los cuerdos y sensatos. Esta humillante posición de espíritu, que nos hace realmente inferiores, que no nos deja discernir el oro de la escoria; este *mimetismo*, puramente mecánico y sin espiritualidad, es uno de los espectáculos más grotescos é infelices que pueblo alguno haya dado sobre la tierra. Y mientras nos apartamos de la gran europeización, de la seria, de la noble, de la que soñaban y señalaban los pensadores eminentes y los rectos patriotas que infundieron ese ideal en la conciencia colectiva de nuestro país, acostumbramos á las muchedumbres á no ver la abstracción de lo europeo más que bajo las formas de una *hetaria* impudente y desvergonzada, más que como una glorificación de la carne corroída, más que como un equivalente de disolución y de orgía perpetua. Si á alguno de esos incautos ó de esos embrutecidos por la fraseología ambiente, se le preguntara: «¿Qué es Europa para tí?» contestaría, á no dudar: «Yo veo á Europa, como un inmenso café concierto lleno de *divettes* tentadoras y semidesnudas.» Tal es la concepción á que queda reducida en las bajas regiones de nuestra mentalidad, por obra y gracia del *rastacuerismo* á que me refería.

De ello se sigue otro inconveniente, más grave todavía. La cuestión de la moralidad se hace aquí cuestión política. Parece que el asunto, por su trascendencia, es de índole social, de índole nacional. Afecta al vigor, á la salud, á la energía de una raza. Afecta á su potencia como pueblo fuerte y apto para todas las luchas de la civilización. Y, sin embargo, por un prejuicio incomprensible, esta cuestión del saneamiento de las costumbres se hace cuestión de derechos y no hay manera de plantearla sin que el estigma de reaccionarios venga á sellar la boca del promotor. He aquí un recurso que esteriliza no pocos designios laudables y que vuelve ineficaz una gran parte de la labor de los publicistas, si ya no es que condena á muchos á un silencio forzoso, desalentados como se ven por tal acepción de personas y de matices políticos.

En las naciones normalmente constituídas se establece para negocios semejantes una estrecha solidaridad, no de carácter confesional ó político, sino de carácter patriótico. Los ingleses, los alemanes, los belgas se interesan por ellos, no en cuanto liberales ó conservadores ó católicos ó reformados, sino en cuanto ciudadanos puros; repitiéndose el ejemplo de que las ligas y asociaciones para fines de esta clase estén constituídas por hombres de las más diversas escuelas y partidos. Y esta coordinación, precisamente; esa integración ordenada de los esfuerzos de diverso origen, hecha posible por la disciplina y el hábito de concordia civil, es lo que distingue los pueblos superiormente civilizados de los que no lo están en la misma escala; es lo que distingue la verdadera Europa de la pseudo Europa; es lo que distingue, en una palabra, á los europeos de los europeístas.

Por lo mismo es lástima que el espíritu de partido se apodere de una bandera semejante, bien para enarbolarla, bien para hacer de ella el símbolo enemigo. El libertinaje de que se acusaría á Barcelona, á juzgarla tan sólo por sus *music-halls*, por las sesiones de algunos cinematógrafos, por el atrevimiento de ciertas caricaturas ó por la exhibición de las mujeres galantes, sería en todo caso un libertinaje precoz y no una decadencia. Cataluña ha representado hasta ahora dentro de España este papel de pueblo joven; retraído y huraño, que se abre á la vida pública y que adolece más de tosco é inexperto en los primores de la civilización que de corrompido y afeminado por ella. Esta circunstancia ha venido á invalidar toda una tendencia de modernismo literario, que suponía una gran falsedad, una disparidad flagrante con toda

la manera de ser de Cataluña: la de presentar como delicuescente, morboso y «perversista» el genio de un país que renace; la de convertir un *renacimiento* en decadentismo, propio tan sólo de las sociedades seniles y estragadas por largos siglos de cultura, de producción artística y de molición.

He aquí cómo Barcelona se está por ventura calumniando á sí misma, y cómo lo histórico, lo que brilla y se mueve en la superficie, pasando á los libros, al arte, á la literatura, disfraza lo intra-histórico y permanente, lo que es silencio, opacidad y modestia... Ahora: cuanto se haga y se escriba para combatir esta superposición tiene que ser, á mi juicio, obrando sobre la sociedad misma y haciendo que ella reaccione. Los medios coercitivos y, en cierto modo, puramente mecánicos de la acción del Estado son eficaces sólo á condición de fundarse en un estado de espíritu, de interpretar, de contar con él y obrar por su cuenta. Todo lo que no sea esto, resultará siempre poner puertas al campo y dar garrotazos en la atmósfera.

\*\*\*

Cuando esta crónica aparezca estará á punto de celebrarse en Tarragona el centenario del asalto de aquella ciudad por los franceses, el 28 de junio de 1811. La historia ha sido no poco injusta con la vieja colonia imperial. Su heroísmo no ha sido ensalzado como se merece, dentro de la convención que preside á la gloria de las armas. En Cataluña encontraron los ejércitos de Napoleón el obstáculo más serio á su avance. Dueños de Barcelona por la sorpresa y la perfidia, tenían que pasar tres años antes de que pudieran rebasar la línea de Tarragona. Por el centro, por el Oeste, habían llegado hasta el Sur de España, en muy pocos meses; pero las viejas murallas tarraconenses fueron el arrecife que detuvo la furia de los nuevos galos, y sufrieron un sitio tan obstinado y cruel como los de Zaragoza y Gerona, aunque sin mediar capitulación, por más justificada que pareciera según los usos marciales. La ciudad fué tomada por asalto y entregada al saqueo, según un «principio» que es todavía afrenta del derecho internacional, puesto que se halla en vigor y nada han podido contra él los congresos ni las conferencias diplomáticas, como nada pudieron tampoco hasta ahora contra la presa marítima.

Las escenas de horror y de sangre, de pillaje y de crueldad á que se entregaron las tropas de Suchet, soliviantadas por la obstinación de la resistencia y por los reveses que habían sufrido, fueron inauditas y forman una de las páginas más siniestras de los siete años. El cautiverio de Tarragona y la dispersión de sus habitantes, horripilan al lector curioso que rastrea en libros y documentos de aquella época. Desdevezes du Desert acaba de publicar en la *Revue Hispanique* un documentadísimo estudio sobre la Junta Suprema de Cataluña y en él pueden hallarse muchos pormenores nuevos acerca de aquella tragedia espantosa. En un libro que compuse hace años acerca del estado de Mallorca durante la guerra de la Independencia, reuní también bastantes noticias sobre los emigrados de Tarragona que llenaron la ciudad de Palma y la isla entera desde mediados de 1811 hasta últimos de 1813. Aristócratas, sacerdotes, canónigos, letrados, médicos, artesanos, criaturas huérfanas, gentes sin abrigo ni recursos, invadieron los barcos que estaban fondeados en Tarragona y Villanueva en espera del resultado del ataque. Convoyes de veinte, de treinta, de cincuenta buques, llegaban diariamente durante aquellas semanas terribles, dejando sobre el muelle de la capital mallorquina doscientos, trescientos, quinientos pasajeros despavoridos, sin ropa, con todos los estigmas del hambre y la penalidad pintados en el rostro.

Lo que allí sufrieron, no obstante los esfuerzos de una población hospitalaria que hizo cuanto pudo para dulcificar su suerte, no tiene ponderación posible. Los menestrales se ingeniaban para encontrar trabajo; los prebendados de la catedral se dedicaban á la enseñanza; abogados y profesores se ofrecían como simples copistas ó amanuenses; los anuncios de los periódicos andaban llenos de las ofertas más conmovedoras. Quién pedía noticias de un hijo que había dejado de ver en los momentos del ataque; quién preguntaba por su baúl mundo, extraviado ó cambiado con otro. Todo respira, en las páginas de los diarios de aquel tiempo, una general é inenarrable angustia; todo denota un drama continuo y desgarrador...

Elevemos nuestra alma de patriotas y de hermanos á la altura de aquellas calamidades, y dediquemos á aquella generación infortunada el tributo de nuestra piedad y el llanto expiatorio de la misericordia.

MIGUEL S. OLIVER.

LILÍ, CUENTO DE MAGDALENA S. FUENTES, dibujo de Brull



... se paró, y dijo tristemente: Buenas noches, mamá

I

El carruaje paró a la puerta de la casa y Matilde, envuelta en un lujoso abrigo de pieles, bajó y al pisar la acera exclamó, dirigiéndose a la duquesa del Bruzo, que permanecía muellemente recostada en el landó:

—Adiós, querida, hasta luego. No olvides que te espero para ir al Real.

Un lacayo cerró la portezuela, saludó profundamente, subió al pescante junto al cochero que, rígido é inmóvil bajo su uniforme galoneado, parecía una figura puramente decorativa, y el ruido del carruaje que partió al galope, vino á mezclarse á los mil rumores que convertían la calle de Alcalá en una colmena humana.

Matilde subió las escaleras rápidamente y, cuando hubo llegado al piso segundo, apretó el botón de un timbre eléctrico con fuerza al principio, con impaciencia después, viendo que la puerta no se abría.

Cualquiera que hubiese contemplado el interior de la casa y visto en un gabinete amueblado con lujo á una niña preciosa inclinada sobre la labor junto á la suave luz que proyectaba una lámpara y que tamizaba una pantalla de encaje tan sonrosado como el rostro de la infantil costurerita, hubiera creído que aquella mujer, aquella madre, anhelaba estrecharla entre sus brazos; pero Matilde en todo pensaba menos en su hija. La puerta se abrió sin ruido y, en vez de gritos de alegría y de cariño, en vez de los ojos azules y los rizos dorados del bebé que trabajaba con tanto afán, apareció la silueta fría de una doncella y sólo se escucharon estas palabras que la señora dijo con tono imperioso:

—Tengo prisa. Supongo que estará todo dispuesto. Y se dirigió á la habitación que llamaba su *boudoir* por imitar á las bellidades extranjeras, protagonistas de las comedias que veía representar en La Princesa, ó de las novelas que hojeaba por las noches para llamar el sueño, única cosa que no obedecía á la voluntad de aquella reina de la moda.

Sin embargo, al llegar al gabinete paróse sorprendida y contempló algunos instantes á la chiquitina

inclinada aún sobre la labor, sobre una prenda obscura, que contrastaba con los alegres tonos de su trajecito.

—¿Qué haces, Lilí?, preguntó dejando caer perezosamente el abrigo sobre una marquesita.

—¡Eres tú, mamá!, contestó la aludida.

Y llevada por un irresistible impulso de su corazón, se levantó de un salto y corrió hacia ella con los brazos abiertos.

El carrete rodó de la faldita en que descansaba y fué, dando vueltas, á esconderse debajo de un *vis á vis*; las tijeras se clavaron en las garras de un león que había estampado en la alfombra; la costura cayó encima de un moro que estaba junto al león, y hasta la aguja, desenhebrándose, y el dedal, abandonando el dedito de la costurera, parecieron proclamar la libertad y dejar á su dueña que corriese más pronto á abrazar á su madre. Pero no fué así, porque se paró, dominando su primer impulso, y dijo tristemente:

—Buenas noches, mamá.

Después la miró con recelo, casi con temor, y volvió á sentarse junto á la lámpara. Su madre debía de estar preocupada, y nada más á propósito para excitar sus nervios que las demostraciones de ternura que llamaba ridículas y que, además, le arrugaban el traje y le descomponían el peinado. Bien sabía Lilí que eso enfadaba á su mamá, pero aunque estaba acostumbrada á su desvío, no podía evitar el que sus ojos se llenasen de lágrimas al recordar las veces que la había rechazado cuando, impulsada por su cariño loco, corría á besarla al marcharse ó al volver de algún paseo. Claro está que tendría razón: las mamás tienen razón siempre, así decía la hermana Luisa en el colegio; pero no, todas no eran lo mismo, ni la suya había sido siempre tan seria. Recordaba con deleite, con un placer indescriptible, que hacía que sus manitas temblasen al enhebrar la aguja, que antes, cuando era pequeña, cuando su papá no estaba aún en América, la arrullaba para dormirla en el regazo, y que otras madres, muchas, muchísimas, esperaban á sus compañeras cuando salían de las clases, y las cubrían de besos al ver los premios que habían ganado ó las labores que sacaban concluidas.

Sin duda ella era más mala y no merecía tanto cariño; por eso quería trabajar y hacerle ver que no era sólo una muñeca digna de enseñarse á las visitas cuando estaba elegante, sino una niña tan obediente y aplicada como las del libro de lectura.

Matilde ni siquiera se había fijado en el trabajo de Lilí. Pensaba en lo que iba á gozar aquella noche, en que su hermosura y sus encantos humillarían á todos; en que, como una deidad, recibiría el incienso perfumado de lisonjeras alabanzas. Era muy feliz: figuraba entre el mundo elegante, había conseguido al fin su bello ideal. Desde niña soñaba con formar parte de la alta sociedad madrileña, con ser esposa de uno de esos personajes que nombran de continuo los periódicos. ¡Qué desilusión cuando tuvo que dar su mano á un joven de talento y de buena familia, pero que no era ni banquero! Y sin embargo, había sido dichosa con el cariño de su marido y de sus dos hijos, de aquellos bebés que la llenaban de caricias y la divertían con sus travesuras. Al recordar esto, las lágrimas humedecieron sus ojos. ¡Qué tontería entristecerse al pensar en emociones que ya le parecían tan monótonas! ¿Por qué no había de ser feliz ahora, que brillaba en los salones más elegantes, que asistía á todas las fiestas con las damas más aristocráticas y que era una de las reinas de la moda? Pero ella no disponía de la fortuna que sus amigas: si acudía á tes y saraos, si encargaba los trajes á las mismas modistas, era privando á sus hijos del bienestar que debía proporcionarles. No era para que gozase y luciese, no, por lo que Ricardo se había resuelto á dejarla, queriéndola tanto, y á marchar á América. Era para asegurar á su familia un porvenir risueño; para poder dar á Lilí un buen dote y á Manolito una brillante carrera. No obraba bien, lo comprendía: una madre debe educar á sus hijos, velar junto á su cuna y no abandonarlos. Pero, ¡qué exageraciones! no era una madrastra, estaban buenos y limpios; Julieta, la doncella, se entendía con todo; asistían á un colegio elegante, y los niños son felices siempre. ¿Qué les importaba su mamá, teniendo juguetes para divertirse? Verdaderamente su conciencia estaba aquella noche insoportable.

Matilde abandonó el saloncito y se dirigió al tocador.

## II

La niña se levantó enconces y corrió á dar un beso á su hermano, que dormía, sonriendo, sobre un diván.

¡Pobre Manolito! ¡Qué guapo estaba y cuánto le quería Lili! Iba á ser para él una mamá pequeña, ya que la otra estaba tan ocupada; por eso le cosía la ropita, para que no se burlasen de él en el colegio como aquella tarde; ¡qué vergüenza pasó el pobre niño! Se lo había contado todo y..., no sucederá más.

Matilde apareció después de largo rato, seguida de la doncella. El traje de seda mala, gracioso, ligero como esas flores que parecen deshojarse al soplo de la brisa, dejaba entrever apenas el busto y los hombros, velados por gasas vaporosas; el collar de brillantes, cayendo cual gotas de agua que el sol descompone en cambiantes de vivos colores, todo hacía resaltar sus encantos; y con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos, parecía una imagen viva del placer mundano.

Lili la contemplaba con embeleso. La insistencia con que la miraba extrañó á Matilde.

—¿Qué te pasa, niña?, preguntó al notar que entre sus cansados párpados asomaban las lágrimas.

—No se altere la señora: es de estar tan fija en la labor.

—Pero, ¿qué haces? Ven aquí, añadió impaciente.

—No te enfades, mamá, balbuceó Lili mostrando un pantaloncito. Es que el niño lo había roto y se burlaban de él. El pobre vino llorando esta tarde; á mí me dió mucha pena; y mira, se lo coso para que no digan, como otras veces, que tenemos una mamá que no nos quiere nada..., nada...

—¡Esto es insoportable! Julieta, siempre te estoy encargando que cuides á los niños.

—La señora me dispensará. Una no puede estar en todo.

—Pues... ¿qué has hecho? Manolo sin acostar; Lili arreglando la ropa. Esto es demasiado.

—Demasiado, es verdad; querer que hagamos entre dos criados lo que en otros sitios en que hay tan-

ta servidumbre. He preparado todo en el tocador, he llevado las invitaciones que me mandó la señora...

—No la riñas; no ha tenido tiempo, te lo aseguro. Además quiero tanto á mi hermanito, que me he empeñado en cosérselo. Ya verás qué contento se

marquesita. El amor de madre, ese afecto tan grande, tan generoso, el único inalterable, parecía avasallar su ser y brotar por sus ojos en ardientes lágrimas y por sus labios en apasionados besos.

Arrancó de su cuello la cascada de brillantes, de sus cabellos la diadema que coronaba su frente, y delirante, ahogada por la emoción, estrechó contra su pecho á aquellos niños que lloraban de dicha al recobrar su cariño.

El timbre sonó con estrépito y la duquesa del Bruzo penetró poco después en el gabinete.

—¿Qué haces, querida? ¿No has concluído tu tocador?, dijo la recién llegada dirigiéndose á su amiga.

Lili temblaba, temiendo perder su felicidad en el momento en que creía poseerla para siempre; pero Matilde abrazó con más fuerza á sus hijos, como si quisiera impedir que volvieran á arrastrarla al mundo, y contestó:

—No insistas..., mi deber está aquí.

—Sin embargo, no todo son deberes en la vida; hay que dedicar algún rato al placer.

—¡Al placer! ¿Y qué mayor felicidad puede existir que esta que inunda mi alma? ¿Cuándo, en un teatro ó en un sarao, se goza de esta manera?

La duquesa, asombrada, abandonó el saloncito, y Matilde quedó entregada por completo á aquel amor santo que enlazaba tres corazones y la volvía al cumplimiento de sus deberes con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios.

## EUGENIO DELACROIX

El célebre pintor francés Eugenio Delacroix (1799-1863), retrato pintado por él mismo y que se conserva en el Museo del Louvre, de París

pone y cuántos besos me da. El pobre, como no te ve apenas, dice que yo soy su mamá y que le quiera mucho, ya que tú no le quieres.

—No digas eso..., ¿que yo no os quiero?, exclamó la dama profundamente conmovida.

—Perdóname.

—Pero..., ¡si tenéis razón!.. ¡Si soy tan mala!

—¡Oh, mamá..., por Dios!..

Matilde, bañada en llanto, se dejó caer en una

Este eminente pintor francés fué de los primeros que, rompiendo con la escuela clásica, inició el género nuevo que se denominó romántico. Su lienzo *Dante y Virgilio*, presentado en el Salón de 1832, causó gran admiración, aunque fué objeto de severas censuras de la crítica; *La matanza de Chios*, su segunda obra, se considera justamente como una de las más dramáticas de la escuela francesa del siglo XIX.

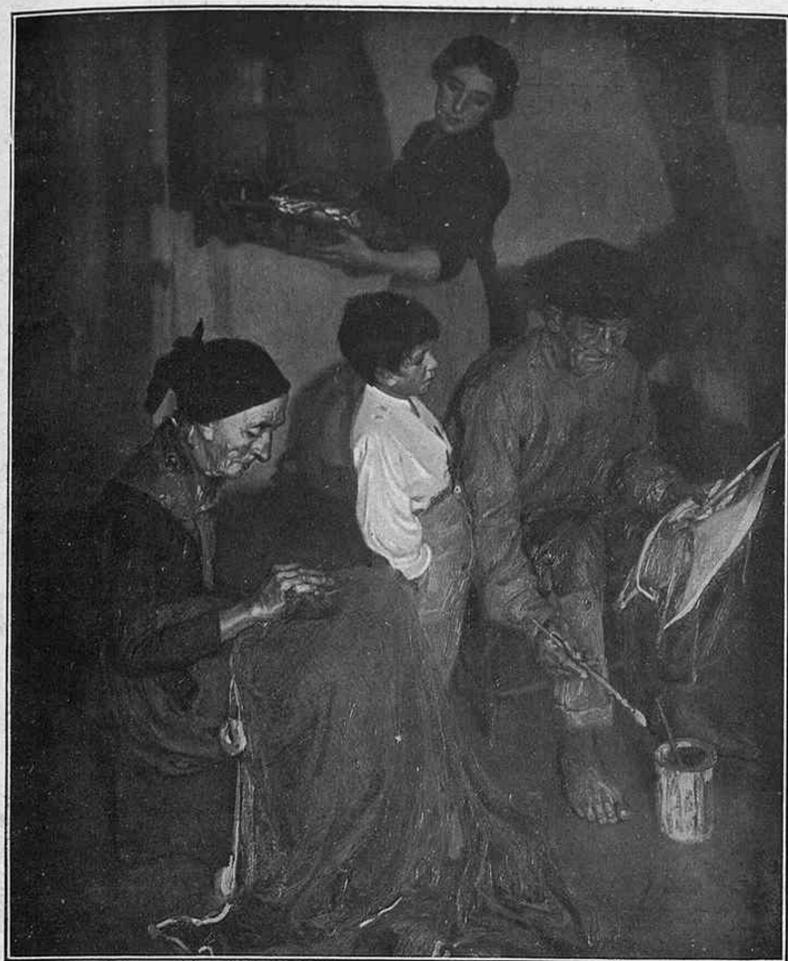
Entre sus cuadros más notables merece citarse *Los naufragos*, que reproducimos adjunto y que se conserva en el Museo del Louvre.

Ejecutó importantes pinturas decorativas para los palacios de Borbón, del Luxemburgo, del Ayuntamiento de París y del Louvre.

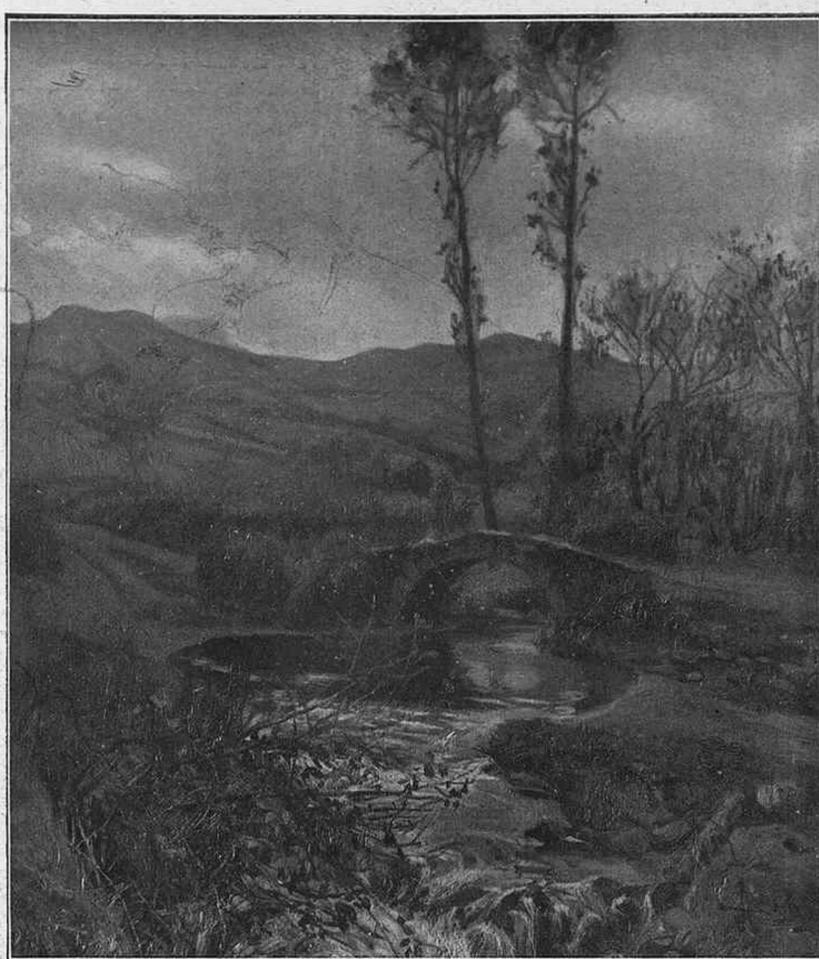
Fuó artista fecundísimo y además distinguido escritor.



Los Naufragos, cuadro de Eugenio Delacroix que se conserva en el Museo del Louvre, de París



El hogar del pescador



Paisaje vasco



Sidrería

Interesante bajo diversos aspectos es la exhibición artística que de un crecido número de obras ha organizado en los salones del *Fayáns Catalá* el laborioso pintor Baldomero Gili Roig. Constitúyena más de sesenta cuadros, resultado de sus estudios durante sus excursiones artísticas á Alemania, Italia y á varias regiones peninsulares. De ahí que figuren en la exhibición paisajes terrestres y acuáticos, tipos, cuadros de género, monumentos, etc., cual si su autor se hubiese propuesto dar gallarda muestra de su laboriosidad y aptitudes, que desde luego se justifican por medio de todas y cada una de las producciones expuestas.



S. M. EL REY JORGE V EN EL TRAJE QUE LLEVARÁ EL DÍA DE LA CORONACIÓN

Dibujo hecho especialmente por el celebrado artista S. Begg

LA CORONACIÓN DE LOS REYES DE INGLATERRA.—23 DE JUNIO DE 1911



S. M. LA REINA MARIA EN EL TRAJE QUE LLEVARÁ EL DÍA DE LA CORONACIÓN

Dibujo hecho especialmente por el celebrado artista S. Begg



Retrato pintado por J. Zaragoza



Retrato pintado por J. Zaragoza



El ensayo, cuadro de Salvador Tuset. (De fotografías comunicadas por Carlos Abeniacar.)



DELICIAS DEL HOGAR, cuadro de Imre Knopp

## EDUARDO MARQUINA

El estreno en Madrid, durante la última temporada, del drama en cuatro actos y en verso *En Flandes se ha puesto el Sol* fué un triunfo para Eduardo Marquina. El dramaturgo que en *Las Hijas del Cid* y en *Doña María la Brava* había acometido con éxito grandísimo la empresa difícil, casi temeraria, de resucitar, por decirlo así, el teatro español tradicional, en abierta oposición con las tendencias modernas importadas del extranjero, obtuvo una nueva y más brillante victoria con esa otra obra que, por su fondo y por su forma, puede figurar al lado de las que los clásicos castellanos legaron a la admiración del mundo entero.

El triunfo alcanzado por Marquina en Madrid se ha reproducido en Barcelona, en donde la excelente compañía que dirigen los eminentes Díaz de Mendoza y María Guerrero ha estrenado recientemente en el teatro de Novedades *En Flandes se ha puesto el Sol*.

El drama fué muy admirado desde los primeros momentos; la acción, llena de pasión, de nobleza, llegó hasta lo más hondo de las almas, y el hermoso ropaje literario de que se halla revestida se impuso al público, que se sintió subyugado por la belleza y elevación de los pensamientos y por una versificación armoniosa, sonora, impecable.

*En Flandes se ha puesto el Sol* es una de las más valiosas joyas que ha producido el teatro español moderno; es la obra de un gran dramaturgo, pero es más aún la obra de un poeta eminentísimo, a quien sus *Odas*, sus *Elogos*, sus *Elegías* y su *Vendimion* habían conquistado ya un alto puesto en el Parnaso castellano.

Marquina ha sido aclamado con entusiasmo en

todas las representaciones de su hermoso drama y con él han compartido las ovaciones María Guerrero, Josefina Blanco, Díaz de Mendoza, Thuillier y demás actores que toman parte en el desempeño de



Eduardo Marquina, autor del drama *En Flandes se ha puesto el Sol*, estrenado con gran éxito en el teatro de Novedades. (De fotografía de Audouard.)

esta obra, que ha sido puesta en escena con el lujo y la propiedad tradicionales en tan notable compañía.

## ROMA.—HOMENAJE A LA MEMORIA DE FORTUNY

El día 8 de este mes efectuóse en Roma una ceremonia tan solemne como conmovedora: el descubrimiento de una lápida que la Asociación Artística Internacional ha hecho colocar en la casa número 98 de la Vía Flaminia, en donde vivió durante muchos años el eminente pintor español Mariano Fortuny.

Asistieron al acto, entre otros, los Sres. Vicini, subsecretario del ministerio de Instrucción Pública; marqués de Valdeterrazo, embajador de España cerca del Quirinal; Ricci, director general de Bellas Artes; Tonelli, en representación del Municipio romano; Durán, director de la Academia de Francia; Benlliure, director de la Academia española; los artistas pensionados en ésta, Villegas, director del Museo del Prado; Di Lorenzo, director de la Calcografía; los escultores italianos Monteverde, Apolloni, Macagnani y Ferrari; el pintor Simonetti; el tenor Viñas, y otros artistas y numerosos individuos de la colonia española.

Una vez descubierta la lápida, pronunciaron sentidos discursos el escultor Apolloni, evocando y resumiendo en una admirable síntesis la obra de Fortuny; el Sr. Ricci, recordando lo mucho que Fortuny amó a Roma; el Sr. Vicini, diciendo que al ensalzar a Fortuny se ensalzaba a Roma; el señor Villegas, como español y amigo de Fortuny; el Sr. Tonelli, en nombre del Municipio romano; el embajador de España, y el Sr. Benlliure, agradeciendo el homenaje.

La lápida descubierta dice: «Aquí Mariano Fortuny, español, prendado de la gloria de Roma, fijó en los colores toda la luz y la alegría latinas hasta su muerte prematura, el 21 de noviembre de 1874.»



Roma.—Descubrimiento de una lápida conmemorativa en la casa que habitó el ilustre pintor Mariano Fortuny, acto al cual asistieron, entre otros eminentes artistas, Villegas, Benlliure, Carlos Durán, Simonetti y Apolloni. (De fotografía remitida por el Sr. Jordana.)

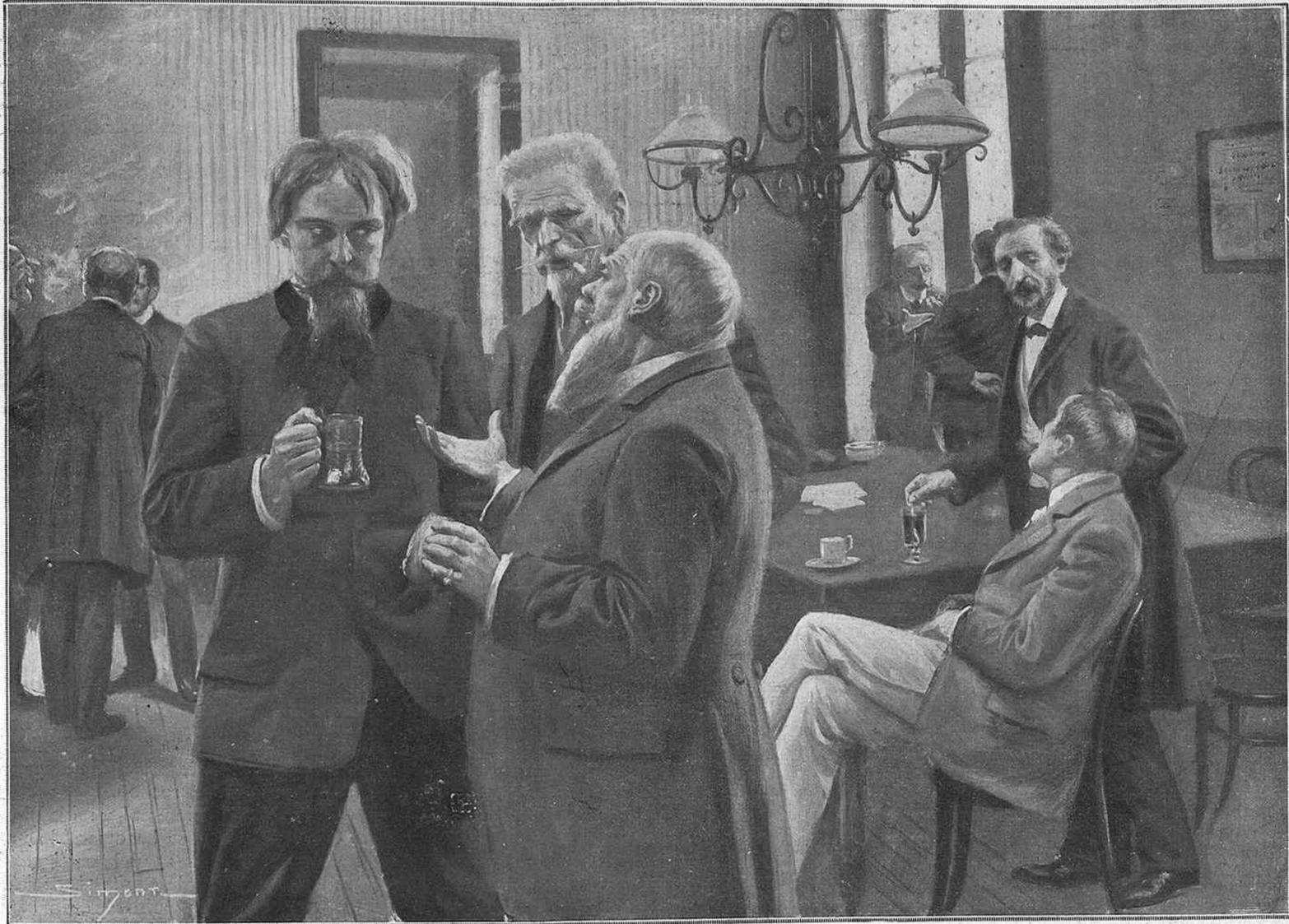
# JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Lermantes calló: el silencio encierra secretos en nuestras almas, como una cerradura inviolable cuya llave sólo nosotros poseemos. Pero al ver aquel ros-

—¿A qué distancia estaba usted del testigo?  
—A unos veinticinco ó treinta metros.  
—¿Sr. de Entraque?

—La mantengo.  
—¿Por qué no dijo usted eso en su primera declaración?



— Es terrible, replicó Condemine. Más vale tenerlo por amigo que por enemigo...

tro tan móvil súbitamente petrificado, aquellos párpados caídos sobre los ojos demasiado elocuentes, aquella boca estremecida por lo que hubiera podido decir, se medía la intensidad del esfuerzo que hacía para perderse. Porque se perdía por su silencio, con más seguridad que por una palabra imprudente: ¿quién ha de creer, en efecto, que un acusado abisma en el fondo de sí mismo las palabras que podrían salvarle?.. Su insinuación no era más que un subterfugio: no decía nada, porque nada tenía que decir.

—¡Adelante!, exclamó el Sr. Motiers de Fraisse. Viene ahora otra divergencia entre la versión de usted y la del testigo: el Sr. de Entraque afirma que usted apuntó antes de disparar.

—Yo afirmo lo contrario.

Estallaron murmullos: aquellos mentís repetidos parecían otros tantos desafíos á la evidencia; Lermantes negaba como un niño cogido in fraganti.

—¡Yo le hubiera creído más hábil!, murmuró Chaussy á Juan Bogis.

El presidente recordó, una vez más, que las manifestaciones estaban prohibidas, é insistió:

—La afirmación del Sr. de Entraque es sin embargo categórica: declara que le vió á usted apuntar; lo declaró en la instrucción, y hoy nos lo repite.

—Ciertamente, afirmó Entraque.

Sin levantar la voz, en plena posesión de sí mismo, Lermantes dijo, con la mirada fija en el testigo:

—El Sr. de Entraque no puede haberme visto apuntar: no hay ojos que puedan ver lo que no existe. Tiré al tanteo, muy rápidamente.

—¿Cómo se explica que teniendo á tiro un gamo, que usted debía tratar de herir en pleno cuerpo, tiró usted bastante alto para herir á un hombre en el corazón?

—No me lo explico. Lo que sé es que el testigo no puede haberme visto apuntar, porque no apunté.

—No tantos: yo había avanzado algunos pasos hacia la izquierda.

—¿Y vió usted bien á Lermantes apuntar antes de hacer fuego?

—Lo vi.

—¿Cuánto tiempo apuntó?

—Algunos segundos.

Lermantes exclamó vigorosamente:

—¡Hasta los contó!..

Con la frente erguida, y fija la mirada, tenía ahora la actitud de un hombre valeroso que, vencido por su destino, encuentra, para dominarlo, fuerzas en el sentimiento de un sacrificio ignorado, quizá sublime.

—No, no los conté, replicó Entraque sin mirarlo, pero tuve tiempo de pensar: «La res es suya, un buen tirador como él no va á errarla.»

Cada palabra producía su efecto; el auditorio se estremeció.

—Piense usted en la importancia de sus palabras, repuso el Sr. Motiers de Fraisse, impresionado por aquel inquietante diálogo. ¿Está usted seguro de haberlo visto bien? A veces los sentidos nos engañan.

—Tengo excelente vista, señor presidente, aunque no tire tan bien como el acusado.

Este último dardo era excesivo, pues revelaba odio.

—¡Otro punto importante, Sr. de Entraque! Dijo usted en la instrucción que, en el momento en que Lermantes tiró, el general salía del soto y entraba en el claro, de modo que Lermantes lo podía ver.

Una ligera yacilación cruzó por el rostro de Entraque: ¿temor de equivocarse, ó de excederse?..

—Yo no afirmo que Lermantes viese al general, contestó; afirmo solamente que yo le vi, en el momento de partir el tiro, á pocos pasos del gamo que pasaba por delante de él en evidencia.

—¿Comprende usted la gravedad de esta afirmación?

—Estos detalles, como otros, los he ido recordando poco á poco. Al declarar por primera vez, sentía aún los efectos de la emoción, del estupor; no recordaba bien sino mi propio trastorno.

—Lermantes, ¿no tiene usted nada que contestar?

—No, señor presidente. El Sr. de Entraque ha fabricado su declaración desde el principio hasta el fin, fuera de tiempo...

Su voz tuvo de pronto un arranque de desesperación:

—¡Y los demás cazadores no vieron nada!.. ¡Ninguno de ellos puede restablecer los hechos!..

Se contuvo, y continuó en su tono mesurado:

—Él miente, ó miento yo... Entre los dos, ya lo sé, la elección no es dudosa: yo defendiendo mi cabeza, él es un testigo desinteresado...

De nuevo, su acento le vendió, revelando su desgarradora aflicción y desmintiendo sus palabras:

—No tiene ningún interés en perderme... ¡Y sin embargo!..

El Sr. Motiers de Fraisse hizo algunas preguntas más, que no parecieron de tanto interés, sobre la actitud de Lermantes después de la caída del general; después, habiendo declinado Rutor el ofrecimiento de interrogar á su vez, Brevine intervino:

—Señor presidente, preguntó usted á mi cliente si tenía motivos para creer que el Sr. de Entraque tratase de perjudicarlo. Mi cliente no contestó: supongo que no quiere contestar. Pero mi deber está en buscar la verdad, aun á pesar suyo. Por esto pediré al testigo que nos diga si el acusado tiene motivos, buenos ó malos, para dudar de su buena fe.

Entraque volvió la cabeza hacia Brevine. Su expresión cambió: seguro de sí hasta entonces, mostróse de pronto circunspecto y desconfiado; sintió que el viento, que henchía sus velas, cambiaba de dirección. Apretó la barra con más fuerza y adoptó una

actitud defensiva, como para parar y devolver los golpes. En vez de contestar claramente y con prontitud, como había hecho hasta entonces, reflexionó dos segundos y, sin duda, para ganar el tiempo de preparar su contestación, dijo:

—No comprendo bien el sentido de esa pregunta.

—Sin embargo, es bastante claro, dijo Brevine, pero puedo precisar más. Pregunto ¿si el acusado tiene motivos, que usted sepa, para sospechar de su buena fe? En otros términos: ¿tiene usted motivos personales de rencor contra Lermantes, ó Lermantes puede creer con fundamento que usted los tiene? ¿Comprende usted ahora?

Después de su turbación pasajera, el Sr. de Entraque había recobrado su aplomo:

—Si el acusado tiene motivos para sospechar de mi declaración, yo los ignoro: debería decirlo él. En cuanto a mí, he declarado bajo juramento; y estimo que éste me dispensa de contestar á usted.

—¿Está bien!, dijo Brevine. Siendo así, y á fin de poder formarnos una opinión por nosotros mismos, le pediremos á usted, pues, que nos diga de una manera precisa ¿cuál ha sido hasta ahora el carácter de sus relaciones con Lermantes?

—Siempre han sido excelentes.

—¿Nada más?

Entraque repuso con una sonrisa altiva y un asomo de insolencia en el tono:

—Ya es mucho.

—¿Sin embargo, precisemos aún más!.. Quisiera saber si mi cliente no prestó al testigo un importante servicio pecuniario..

Apenas hubo contestado Entraque afirmativamente, cuando Brevine completó su pregunta:

—... ¿En circunstancias bastante delicadas?.. Quisiera que el testigo nos refiriese esa historia..

—Se trata de circunstancias ajenas á la causa, objetó el Sr. Motiers de Fraisse.

—Usted dispense, señor presidente! La declaración del Sr. de Entraque es el único cargo serio que hay contra mi cliente. Este lo contesta. Importa saber si el testigo declara conforme á su juramento, puesto que ha prestado juramento, como ha tenido cuidado de recordárnoslo. Es el punto que trato de elucidar: ¿no es ajeno á la causa!

Algo pálido, Entraque afirmó:

—¡Soy hombre de honor!

—Entonces, el asunto en cuestión no puede menos de ser honroso, y usted no puede tener motivo alguno para resistirse á explicárnoslo.

—Entraque dijo rápidamente y en tono áspero:

—Yo había perdido una cantidad bastante crecida en las carreras de caballos, hace seis ó siete años. Me encontraba apurado para pagarla sin demora. Lermantes me la prestó con mucha amabilidad... Hace tiempo que fué reembolsada.

Se murmuró en los bancos reservados: muchos parisienses conocían á medias aquella historia no muy clara, en que se trataba de algo más que de una pérdida normal; la contestación de Entraque les pareció muy sumaria. En cuanto á la multitud, sólo vio á través de aquel diálogo á un abogado empeñado en «fastidiar» á un testigo, y se inclinaban en favor de este último: porque, en fin, hay que poder aportar la verdad ante la justicia sin tener que sufrir los dardos de aquellas lenguas demasiado aceradas... Brevine no se dejó intimidar por aquella sorda hostilidad:

—¡Ah!, dijo el Sr. de Entraque había perdido una gran cantidad en las carreras de caballos?.. ¿Así, simplemente, en apuestas desacertadas?.. ¿Mala suerte?.. ¡En fin!.. Por el momento, no insistiré... No, no insistiré... Que nos explique, sin embargo, antes de retirarse, ¿por qué despliega tal encarnizamiento contra un hombre que le hizo tan gran favor?..

—Digo lo que vi: la verdad.

—Bien sabe usted que no, dijo Lermantes.

Entraque dió una patada en el suelo, en un movimiento de cólera.

—¿Por qué había de mentir?.. ¡Diga usted!.. ¡Dígalos!..

—¡Diré que usted miente y nada más!.. ¡Esto, puedo y debo decirlo y gritarlo! No se me oye, no se me escucha, porque me encuentro en este banco... Puede usted, pues, mentir á sus anchas... ¡Usted sabe bien que no le desenmascararé!..

El Sr. Motiers de Fraisse puso fin al incidente:

—Los señores jurados apreciarán. ¿El señor abogado defensor no tiene más que preguntar?

—Por el momento, no. Pero hago mis reservas: todavía necesitaremos del testigo.

Entraque se volvió á su banco, y la audiencia fué suspendida por un cuarto de hora.

medio convencidos por el artículo de Chaussy, que llevaban en el bolsillo. Pero contaban guardar sus impresiones cada cual para sí, como el día anterior. Así es que, una vez en su sala, empezaron por agruparse según sus afinidades, en grupos de dos ó tres, para refrescar y explayarse juntos. Hacía calor; todos tenían sed, y algunos hambre. Pidieron panecillos, emparedados, cerveza, café frío, y se pusieron á hablar del tiempo que hacía. El sol daba de lleno en los cristales opacos del techo de la sala. Y si allí se derretían, ¿qué no sucedería en la parte destinada al público? En París, la gente caía como moscas: los periódicos venían llenos de casos de insolación. En el mismo Versailles, una mujer había sucumbido al calor al atravesar la plaza de Armas.

—Son las flechas de Apolo, dijo el doctor Buthier.

—Buen tiempo para las cosechas, dijo Monchebise á Glary, que aprobó.

Pero hablaban distraídamente. No se atrevían á decir nada de lo que acababan de oír, y no pensaban en otra cosa. Sin entrar en el fondo del asunto, ¿no podían hacer girar la conversación en torno de él? Condemine lo intentó:

—¿Ha leído usted el artículo de Chaussy?, preguntó á Mortara, que apuraba su bock á pequeños sorbos.

El pintor era el único que lo ignoraba: no leía más que un periódico cada día, un periódico de la tarde, después de concluido su trabajo. Era de los que se absorben enteramente en su labor.

—No, contestó, ni lo leeré: quiero formarme mi opinión por mí mismo.

—Eso nos pasa á todos. Sin embargo, ¿qué inconveniente hay en leer un artículo de Chaussy? ¿Qué lógica la de ese diablo de hombre!.. ¡Qué estilo!.. Yo creo que desde Pablo Luis Courier..

Mortara le interrumpió:

—A serle á usted franco, le confesaré que le aprecio poco... ¡Y todavía menos desde que le he visto!.. ¡Tiene una cara innoble!.. Además, no me fio de los que están siempre en cólera contra el prójimo; ese no se desencolera jamás.

—¡Es terrible!, replicó Condemine. Más vale tenerlo por amigo que por enemigo, ¡créame usted! ¡Cuanda la emprende contra alguno, pega fuerte!

—Se ve demasiado claro que le tiene enemiga á Lermantes.

Los demás jurados se acercaron atentos.

—Tiene usted razón, dijo Durnant á Mortara, encendiendo un cigarro. No hay que fiarse de los desfachadores de entuertos.

—Y de los periodistas en general, añadió Pillón.

Condemine dejó á Mortara para hacer frente á sus nuevos interlocutores:

—Sin embargo, ¿qué servicios no nos presta la prensa!, replicó. ¿Quién denuncia los abusos de toda clase? ¿La prensa!.. Sin ir más lejos, ¿no es ella la que puso fin al pequeño comercio de los Humbert?.. Los poderosos se atreverían á todo, si ella no los señalara á la vindicta pública..

—¿Los poderosos?.., no veo que les molesten mucho ni que les pongan grandes cortapisas, murmuró Pillón.

El coronel Ollomont añadió:

—¡Claro que no!.. Cuando se los persigue, es por inadvertencia, y la autoridad se apresura á devolverles la libertad.

La salida hizo reír á Glary, Mijoux y Kloesterli, que la aprobaron.

—¡Cómo!.. ¿Ese Lermantes no era aún poderoso hace dos días?.. Su casa era frecuentada por diputados, senadores y ministros..

—Hace dos días no, chocarreó Durnant: esa gente no le ha seguido hasta la cárcel..

—En fin, antes de ser detenido... Manejaba millones á paladas... Lanzaba negocios, vivía en grande... Y, sin embargo, ahí está, delante de nosotros, entre dos gendarmes, alicaído... Esto prueba que hoy todos son iguales ante la ley; es una conquista que nadie contestará á nuestra forma de gobierno.

—Dios nos libre de contestarle nada, dijo Durnant.

Y el doctor Buthier:

—Reconozco que la prensa tiene algo de bueno: en democracia, se ha de vivir en una casa de cristal; sobre todo los hombres públicos, que deben cuenta de sus actos á la opinión... Confesemos, sin embargo, que los periodistas abusan. ¡Es una inconveniencia muy grande el pronunciarse con tal violencia sobre un proceso pendiente!..

—Un hombre como Chaussy, empezó Condemine..

Durnant le interrumpió vivamente:

—¿Por qué él más que otro? ¡Yo creía que éramos todos iguales!..

El doctor Buthier reforzó:

—Precisamente porque tiene mucha influencia so-

bre sus lectores, debiera ser circunspecto; un artículo como el suyo puede influir en nuestro ánimo, sin que nos demos cuenta de ello. ¡Es deplorable!

—¡Oh!, dijo Condemine, después de lo que acabamos de oír..

Detúvose en seco; mas no por esto era menos claro el sentido de su frase inacabada. Mortara no pudo menos de recoger la intención:

—¿De modo que esa declaración le parece á usted decisiva?.. ¡Pues á mí no!..

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó Souzier.

Mortara comprendía que la mayor parte de sus colegas pensaban de distinto modo que él. Era un solitario, que vivía en el campo, lo más cerca posible de la naturaleza, sin gran contacto con los hombres. No tenía la costumbre de defender sus opiniones en público; el notarse escuchado bastaba para volverle tímido. Se puso á balbucear, buscando sus palabras:

—Quiero decir... que ese Entraque..., no me gusta... ¡Para dar crédito á lo que dice..., comprenden ustedes..., yo quisiera estar seguro..., de que..., en fin, no sé!.., de que nunca ha tenido nada con Lermantes!..

—¡Ah!, exclamó Condemine, he ahí el efecto de las preguntas de Brevine!.. ¡Ése sí que es largo!.. ¡No se deje usted engatusar por sus astucias de abogado, que diablo!.. ¡Reaccione usted!..

El farmacéutico cortó el aire con la mano derecha, con un gesto enérgico de hombre resuelto que ya ha tomado su decisión. Pero Durnant intervino: no recordaba bien en qué historia muy turbia de carreras de caballos había estado mezclado ese Entraque. Kloesterli explicó, por gestos, que también recordaba confusamente algo. Sea como fuere, el hombre no jugaba limpio: no se trataba de una simple apuesta desgraciada, como quería dar á entender.

—Sin embargo, sería preciso esclarecer ese punto: porque si la declaración de Entraque es sospechosa, no veo qué quedaría contra Lermantes.

—Ni yo tampoco, dijo Buthier.

Condemine exclamó:

—¡Cómo! ¡Quedaría que heredó de su víctima, y con qué oportunidad! Sin contar las menudencias que resultan contra él: ¿ese viaje á Saboya..., eh?.. Después de todo nada viene á debilitar la declaración de Entraque, y todos los días se basan condenas sobre testimonios menos concluyentes.

—Páreceme, al contrario, que se obra con bastante prudencia, corrigió el doctor Buthier; tan pronto como hay una probabilidad de error, por pequeña que sea, el jurado retrocede.

—Demasiado fácilmente, á mi juicio, dijo el coronel Ollomont. ¡Que se ha cometido un crimen y se tiene al culpable; pues que le castiguen sin piedad!.. ¡Que no me saquen de aquí!.. ¡Justicia ejemplar!..

—¿Y si el supuesto culpable es inocente?, aventuró tímidamente Conthey..

—¡Entonces que se le ponga en libertad!, repuso el coronel.

La vocécita agria de Mijoux lanzó esta réplica:

—Es que, si se los escucha, son todos inocentes..

—¡Sucede á veces que lo son, dijo Mortara; y entonces, es espantoso!..

Y volvió bruscamente á la escena de antes, que le atormentaba:

—¡Ese Entraque me hace el efecto de recitar una lección bien aprendida de memoria!..

—Habla como un hombre que está seguro de lo que dice, replicó Souzier.

—... Nunca tiene necesidad de corregir una palabra mal dicha, una frase incorrecta; nunca busca en su memoria... A mí se me figura que, en su lugar vacilaría á veces, tropezaría, tomaría una palabra por otra... Es tan difícil decir exactamente lo que se quiere..

El doctor Buthier le aprobó:

—En efecto, recuerdos tan precisos, al cabo de nueve ó diez meses..., ¡hum!..

—Tenga usted en cuenta el número de veces que ha debido repetir esa historia, dijo Pillón.

—Y repetírsela á sí mismo, añadió Durnant.

—Es lo que á mí me inquieta, dijo el doctor; aun siendo sincero, los hechos han podido deformarse en su espíritu.

—¡Si pareciese buscar sus expresiones, repuso Condemine, encontraría que no sabe lo que se dice!

—Yo preferiría eso, repuso Mortara.

—Todo puede interpretarse de diferentes maneras, hizo observar Pillón.

—Por eso no hay nada tan incierto como el testimonio, dijo Durnant. Se le acepta con demasiada facilidad. Hay un adagio latino que debería tenerse siempre en la mente, al juzgar: *Testis unus, testis nullus*.

Encontró la mirada interrogadora de Glary, que seguía con gran atención, y le explicó:

— Esto quiere decir que un testigo único no cuenta.  
— ¡Oh!, dijo Souzier, es una regla de la que nadie hace caso, en derecho penal.

— De no ser así, observó el coronel, todos los asesinos que no han sido vistos por dos personas al menos en el ejercicio de sus funciones escaparían al castigo... ¡Ah, no faltaría más!..

— Sin embargo, objetó Mortara acalorándose un poco, ¡calcule usted los errores que pueden cometer personas de buena fe!.. ¿No le ha sucedido nunca ser saludado por un desconocido que le tomaba por otro?.. Eso basta, en ciertos casos, para crear las malas inteligencias más graves...

— ¿Y cuando le afirman a usted haberle encontrado en un sitio en que no estaba?, añadió Durnant. En vano usted niega; el otro se obstina en afirmar que no se equivoca. ¡Imposible sacarlo de su error!

En apoyo de su aserto, refirió la historia de un amigo suyo, a quien un *quid pro quo* de ese género estuvo a punto de conducir al divorcio.

— Por lo que a mí toca, dijo el doctor, no creo en el testimonio desde un caso de accidente de coche en que me vi mezclado. Había tres testigos: uno afirmaba que el cochero guiaba a galope, el segundo que iba al paso, y el tercero que había bajado del pescante y llevaba el caballo de la brida. ¡Hay que observar que los tres eran desinteresados, y de la más perfecta buena fe! ¡Con que, ayúdeme usted a sentir!

— Aquí no tenemos más que uno, dijo Condemine. Pero es de lo más afirmativo.

— Demasiado, replicó Mortara.

— En fin, repuso Condemine, puesto que vió al acusado apuntar a su víctima... ¡Lo vió con sus propios ojos!.. ¿Qué más quiere usted?..

— ¡Se trata de un movimiento tan rápido!, objetó el doctor; según su propia declaración, se hallaba a veinticinco pasos de Lermantes.

— ¡No importa!.. El Sr. de Entraque es tan preciso, que puede, uno figurarse la escena, casi como si estuviera allí... Se oye el galope de la res en el soto: ¡patatá!, ¡patatá!... y las ramas que rompe al huir: ¡eric, eric, eric!.. Le ve, va a gritar... ¡Pum!, sale el tiro... El gamo huye... ¡Lermantes no le había apuntado a él!..

Condemine había gesticulado la escena con extraordinaria animación: Mijoux, Kloesterli y Monchebise le aprobaron; Mortara se encogió de hombros:

— Pero, repito yo, ¿y si Entraque inventa todo eso?, exclamó.

— Nada nos autoriza para creerlo, dijo Souzier.

Como sucede en las discusiones sin orden ni concierto, repitieron cosas ya dichas, y salió nuevamente a relucir la historia de las carreras de caballos; habló luego de Luisa Donnaz, de los antecedentes de Lermantes, de todos los misterios que envolvían el drama. Casi era la deliberación final anticipada. Y se acaloraba sin adelantar un paso. Al volver a la sala de la audiencia, Conthey dijo cuerdamente:

— Más valiera que hubiésemos hablado de otra cosa; hay que esperar hasta el fin para formarse una opinión.

— Sin embargo, cada cual tiene ya la suya, contestó Mortara. Ya verá usted: ¡suceda lo que sucediere, nadie querrá desistir de su empeño!..

#### XIV

Las declaraciones siguientes ofrecieron poco interés. Desfilaban comparsas que hubieran podido ver ó saber algo, pero que nada sabían ó nada habían visto. Sin embargo, aportaban algunos informes fragmentarios, de los cuales las diversas formas del razonamiento partían para lo desconocido.

Dos de los cazadores, el Sr. Noirmont y el conde de Erstfeld; el primero, alto, rubio, macizo y algo pesado; el segundo, elegante y marcial, con la perilla todavía negra y el cabello enteramente cano, refirieron los incidentes de la mañana fatal. Noirmont, tartamudeaba; erizó su narración con términos de caza; los jurados le comprendían poco. Erstfeld, por el contrario, se expresó con tal pintoresca brusquedad, que retuvo la atención; la escena se animó, dramática, violenta, terrible; se tuvo la sensación casi directa del desconcierto de aquellos hombres, reunidos para matar sin peligro animales inofensivos, en el momento en que la muerte, que paseaban por gusto, se volvió de pronto contra uno de ellos; se los vió correr por el soto, ó atravesar el claro, acudir en auxilio del general, compadecer a la víctima y al homicida de quien todavía nadie sospechaba. Más bien que una instantánea, fué un croquis del natural, ejecutado por un lápiz ágil y preciso. El fiscal, que no era cazador, preguntó al testigo qué pensaba del uso de cartuchos con bala para la caza menor, Erstfeld lo

practicaba á veces; como se sentía escuchado, refirió que estuvo á punto de ocasionar una desgracia, un día que cazaba en Saône-et-Loire:

— Yo hacía como Lermantes, tiraba con bala para ejercitar la vista y la mano... Cuando está uno seguro de su escopeta, es natural... De pronto, cuando acababa de hacer fuego, vi salir un guarda de la espesura, precisamente en la dirección... Un excelente viejo con todo el pelo blanco... ¡Ah, no lo olvidaré nunca... ¡Sentí un escalofrío, palabral!.. Pero él, me dijo solamente: «¡Eh, señor conde, ésa sí que la he oído silbar!..» ¡El hombre se reía!.. ¡Pero yo, maldito si tenía ganas de reír!.. Pues bien, yo me acordé de esto ante el cuerpo del general; ¡el guarda y yo habíamos tenido suerte!..

Vinieron luego los guardas y ojeadores. Uno de ellos, Fridau, refirió cómo, el día antes, había visto la manada, cuya presencia posible señaló a los cazadores. Otro, llamado Lechaud, había visto con inquietud al general abandonar la calle para tomar el sendero:

— Yo dije para mí: «Es una imprudencia, una grande imprudencia, seguramente, porque una desgracia puede ocurrir siempre...» Pero ¿qué hacer?.. ¡Con un hombre como el general!.. Nunca escuchaba nada; no retrocedía jamás... Siempre adelante, como al asalto... Además, ¿comprende usted, señor presidente?, se había azuzado a los perros... Y él, cuando había caza mayor, no sabía lo que le pasaba; á toda costa, quería su res...

Ninguno de estos testigos pudo decir si Lermantes había escogido su puesto, como lo sostenía Entraque, ó si, como pretendía él mismo, se lo había señalado el general. En la instrucción, Lechaud había declarado en el sentido más favorable al acusado; pero después su memoria le había faltado y no se acordaba ya de nada.

Las declaraciones de los dos sobrinos del general, Basilio y Lorenzo Chambave, reanimaron el interés. Eran gemelos y se parecían mucho, aunque Basilio cojeaba un poco á consecuencia de una mala fractura; habiendo estudiado medicina, y practicaba esta facultad por beneficencia, dejando á Lorenzo el cuidado de administrar sus bienes comunes. Habitaban ambos la misma finca, muy unidos. Permanecían solteros. Uno de esos dramas de familia, cuya violencia prolonga la monotonía de la vida provincial, dominaba su pasado: su madre, la hermana del general, se había casado, á disgusto de los suyos, con un cura que había colgado los hábitos y vivía pobremente en Chambéry dando lecciones y escribiendo para pequeños periódicos. Sus padres no quisieron volverla á ver jamás y únicamente le dejaron la parte de herencia que la ley le garantizaba. Hubiera conocido la miseria sin el apoyo secreto del general. Éste no quiso ser aventajado á costa de ella y le cedió la mitad de su patrimonio. Después, sin sostener con sus sobrinos relaciones muy seguidas, no cesó de manifestarles su paternal afecto. Ellos, por su parte, le tenían una gratitud y un cariño sin límites. Su padre, ideólogo á la manera del vicario saboyano, había hecho de ellos dos hombres extraños, educados fuera de la vida social, mal armados para la lucha, exentos de las habituales ruindades, y de un desinterés absoluto. Así es que el testamento de su tío no los lastimó sino porque temieron haberse enajenado el aprecio del general sin saber cómo. Las revelaciones de Luisa Donnaz, al explicarles el misterio, les habían quitado un gran peso de encima.

Su entrada fué acogida con una sorpresa algo burlesca: sus trajes mal cortados y sus aires de campesino contrastaban con el elegante recuerdo del general Pellice; y además, ¿no eran los herederos burlados?, personajes cómicos, cuando la codicia frustrada no los hace odiosos. Esta impresión cesó desde las primeras palabras de Basilio. Ambos declararon en el mismo sentido, casi en los mismos términos, con la misma sencillez. Recordaron desde luego lo que su tío había hecho por su madre y por ellos; luego confesaron, con igual franqueza, que su testamento los había afligido. Pero ya no les extrañaba, ahora que conocían las razones que el general tenía para preferir á Lermantes. Aunque no hubiese tenido ninguna, se hubieran guardado ellos muy bien de discutir su voluntad, pues no se reconocían ningún derecho para ponerle trabas en la libre disposición de sus bienes, por esto se habían abstenido de mostrarse parte civil. Lorenzo terminó diciendo:

— Celebraríamos pensar que su muerte es obra de un accidente, y no de un crimen: su rectitud y su generosidad merecían un hermoso fin.

Los sentimientos nobles y delicados, en ninguna parte resaltan mejor que en aquel recinto, en que tan raramente se los ve esfumarse sobre el fondo tenebroso del crimen. Aquellos dos hombres sencillos, que acababan de hablar contrariamente á lo que se

esperaba, con gratitud y benevolencia, dejaron, al retirarse, una impresión de bienestar. Un murmullo de simpatía los acompañó sin que pareciesen darse cuenta de ello; tan completa y serena había sido su sinceridad. Se cambiaban frases como éstas:

«¡Qué excelentes personas!.. ¿Dónde diablos las hay todavía de esa especie?.. Esto es muy distinto de lo demás. — Eso da gusto...»

Un soplo de aire puro atravesaba aquella miasmática atmósfera; redundaba en perjuicio de Lermantes: su crimen parecía más horrible, puesto que despojaba á tales hombres...

Eran los últimos testigos de la acusación.

Como la defensa misma, que trata de apoyarse en ellos, los testigos de descargo se encuentran casi siempre en situación difícil. Los envuelve una especie de sospecha: eran amigos del acusado, se han sentado á su mesa, han recibido favores de él, se han mezclado en su vida, quizá en sus actos; otras tantas razones para que se los acoja con desconfianza. Ellos, presintiendo esa hostilidad, miden sus palabras; temen solidarizarse demasiado estrechamente con aquel comensal de la víspera, hoy comprometedor y que mañana será quizá un presidario. Piensan en las preguntas péfidas que los amenazan, y ¡se dan por satisfechos si el fiscal no los maltrata! Turbados, inquietos, asustados, dirán quizá lo contrario de lo que quieren decir; quizá, por inconsciencia ó debilidad, arrojarán la piedra al desdichado que cuenta con su apoyo; quizá, al verle allí, olvidarán los favores recibidos; quizá renovarán, mentalmente al menos, la célebre negación que los siglos han perdonado: «¡No conozco á ese hombre!..»

Los honrados tenedores de libros, citados por Brevine para discutir las cifras pesimistas de la acusación, atravesaron un momento penoso. Sus evaluaciones no concordaban con las de sus colegas. No porque unos ú otros hubiesen carecido de buena fe, sino porque unos y otros se hallaron involuntariamente sugestionados por el objeto mismo de sus investigaciones. Según como examinaban, desde el punto de vista de la defensa ó del de la acusación, las cifras sometidas á su estudio, las veían crecer ó disminuir, extenderse ó encogerse, como una materia elástica. Los peritos de la víspera fueron llamados otra vez y la querrela volvió á empezar, más agria á medida que las divergencias se acentuaban. Dos ó tres cedieron; pero el último, más combativo ó más convencido, se defendió largo tiempo, acalorado, tenaz, hasta que el sentimiento de que no convenía á nadie le privó de sus fuerzas. Se batieron en retirada como vencidos, humillados y sospechosos.

Tras ellos vino Charreire. Su declaración debía ser uno de los puntos principales del proceso. Se le esperaba con una curiosidad maliciosa, que explicaban la naturaleza de su espíritu, la de su obra, su celebridad y la discreción de su vida. Era uno de esos hombres cuya independencia, extemporánea en una época brutal en que no se piensa más que por partidos, les señala á la desconfianza de las masas. Sus *Orígenes de la Reforma* las había sublevado á todas contra él. El primer volumen pintaba con crudos colores un rudo cuadro de la Iglesia en tiempo de los Borgia: prohibido, le había hecho aborrecer por los católicos. El segundo trazaba un retrato realista de Lutero, despojado del prestigio de las historias oficiales: hombre entre los hombres de una época en que rodaban pasiones tumultuosas, temperamento fogoso, de sangre y de carne, mezcla de mal y de bien, de política y de fe, de ambición y de abnegación; los protestantes, á su vez, se habían sublevado contra el historiador. El tercer volumen acababa de exasperar á los librepensadores con un inesperado elogio de política eclesiástica después del concilio de Trento. Todos le reprochaban su equidad como una inconsecuencia, ó le acusaban de contradicción porque sus puntos de vista cambiaban con el viviente panorama de la historia; hasta había algunos que, siendo incapaces de comprender el desinterés del espíritu investigador, dudaban de su lealtad. Le atribuían bajos motivos, ambiciones vulgares. Descaban cogerle en falta y despreciarlo. Se preguntaban cómo se portaría un «intelectual» de su temple bregando con las realidades de la audiencia: ¿consentiría en prestar juramento según la fórmula prescrita? ¿Su actitud ante los jueces revelaría el fondo de su pensamiento? ¿Hablando de su enojoso amigo, diría algo de su propio pasado?..

Charreire no sospechaba nada de aquella animosidad quisquillosa ó malsana. Habiendo venido con tranquilidad, como amigo que cree en su amigo, como ciudadano que cree en la justicia, levantó la mano con la mayor sencillez del mundo, sin pensar ni un momento en protestar contra un uso establecido.

(Se continuará.)

**BUENOS AIRES.—MONUMENTO Á CRISTÓBAL COLÓN**  
OBRA DE ARNALDO ZACCHI

Con motivo del Centenario de la Independencia argentina, la colonia italiana residente en aquella República ofreció á la



**Estatua colosal de Cristóbal Colón** que corona el monumento regalado á la República Argentina por la colonia italiana.

ciudad de Buenos Aires un monumento dedicado á honrar la memoria del descubridor de América.

Abierto un concurso, en el que se presentaron cinco famosos escultores italianos, fué premiado el boceto de Arnaldo Zacchi. Consiste el monumento en una columna rostrada sobre la cual se alza la estatua de Cristóbal Colón; alrededor del pedestal que sostiene la columna, hay un grupo alegórico que representa el lanzamiento al mar de la nave que ha de conducir á la Civilización á países desconocidos. La Civilización con una mano empuña una antorcha y con la otra figura rasgar los velos que ocultan el nuevo hemisferio; á sus lados están la Ciencia y el Genio, aquella sentada y en actitud pensativa, y éste de pie y señalando la tierra lejana. Junto al Genio, se ve la representación del Océano y debajo de él la frase de Séneca: *Venient annis saecula seris quibus Oceanus vincula rerum laxet et ingens pateat tellus Tiphysque novos delegat orbis nec sit terris ultima Thule.*

En la parte posterior, la Fe triunfante y los primeros navegantes plantan la Cruz en el nuevo continente. En los lados del zócalo, hay dos relieves: la salida de Colón del puerto de Palos y su desembarco en el nuevo mundo.

El monumento, cuya altura total es de 25 metros, es de granito y bronce. La estatua de Colón que lo corona es de már-

mol de Carrara, tiene una altura de 6'25 metros, pesa 38 toneladas y ha sido tallada en un solo bloque.

**SAN MIGUEL ARCÁNGEL,**

ESCULTURA DE J. ARNAU

Sor Ignacia Stamforts, hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, legó en testamento la cantidad de mil francos para la adquisición de una imagen de San Miguel Arcángel.

La estatua ha sido modelada por el insigne escultor J. Arnau, quien ha demostrado en ella una vez más su gran temperamento artístico y su dominio absoluto de la técnica plástica. La obra está destinada á uno de los patios de la Casa de Ca-



**Monumento á Cristóbal Colón**, que la colonia italiana ha regalado á la República Argentina. Obra de Arnaldo Zacchi. (De fotografías de R. Fuchs.)



**San Miguel Arcángel**, estatua de J. Arnau, fundida en bronce en los talleres de Ballarín y C.<sup>a</sup> de Barcelona

ridad de Barcelona. La acreditada fundición artística de la casa Ballarín y C.<sup>a</sup> fué la encargada de fundir á cera perdida tan notable escultura, habiendo realizado este trabajo con la perfección acostumbrada y que tanto ha acreditado sus importantes talleres.

La Junta de la Casa Provincial de Caridad, agradecida á los artistas que con tanto talento y cariño han llevado al cabo su cometido, ha felicitado y dado las más expresivas gracias al escultor Sr. Arnau y á la casa Ballarín y C.<sup>a</sup>

**MONTSERRAT**

**INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á LOS HÉROES DEL BRUCH**

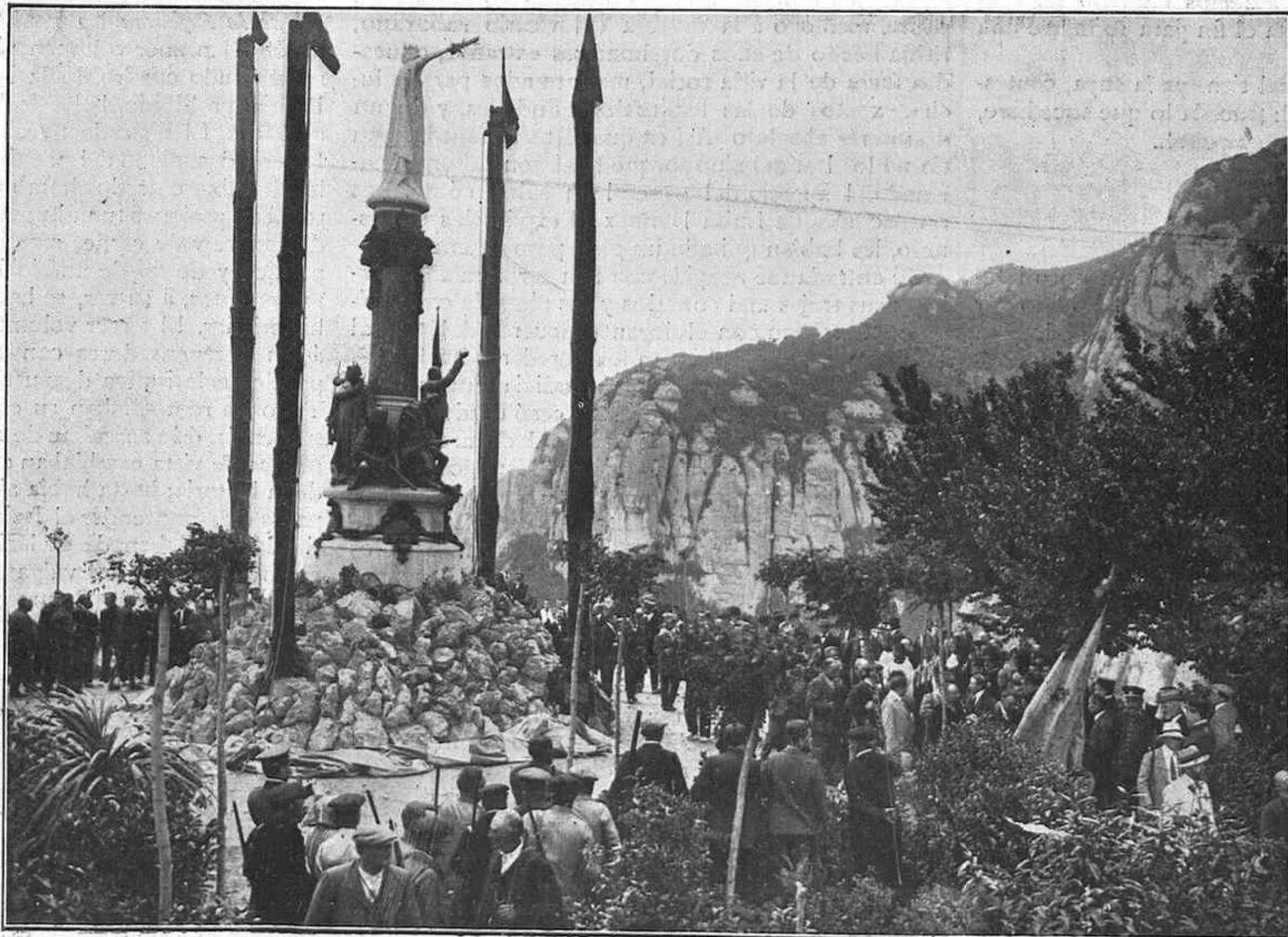
El día 11 de los corrientes efectuóse en Montserrat la solemne ceremonia de inaugurar el monumento allí erigido para perpetuar la memoria de los héroes del Bruch. Asistieron al acto el capitán general Sr. Weyler, el comandante general de los somatenes Sr. Villanueva, el canónigo magistral Dr. Mas, en representación del prelado de esta diócesis, los señores marqués de Camps y conde de Güell, la comisión encargada de construir el monumento, los autores de éste y todos los somatenes armados de Cataluña, los más de ellos con sus banderas. El de Igualada llevaba también la famosa enseña del Santo Cristo, á la que por Real decreto de 19 de abril de 1893 se concedieron honores de capitán general.

Después de una misa de campaña, el general Weyler pronunció un patriótico discurso recordando los hechos gloriosos acaecidos en el Bruch en junio de 1808, y en seguida procedióse á la inauguración del monumento que se halla cerca de la nueva capilla de los Apóstoles y que, al ser descubierta, fué bendecido por el abad del monasterio Padre Deás.

Terminada la ceremonia, trasladóse la comitiva á la basílica, en donde el Dr. Mas dirigió á los somatenes elocuentes y patrióticas frases recordándoles que tienen por patrona á la Virgen de Montserrat.

Del monumento es autor el arquitecto D. Francisco del Villar Carmona y en él han trabajado el escultor Sr. Campeny, el marmolista Sr. Vallmitjana y el fundidor Sr. Solá: en el pedestal hay un grupo de los principales guerrilleros del Bruch y en lo alto de la columna una matrona que representa á la Patria en actitud de coronar á sus héroes.—T.

Del monumento es autor el arquitecto D. Francisco del Villar Carmona y en él han trabajado el escultor Sr. Campeny, el marmolista Sr. Vallmitjana y el fundidor Sr. Solá: en el pedestal hay un grupo de los principales guerrilleros del Bruch y en lo alto de la columna una matrona que representa á la Patria en actitud de coronar á sus héroes.—T.



**Montserrat.—Inauguración del monumento á los héroes del Bruch** efectuada el día 11 de los corrientes. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

LA REVOLUCIÓN DE MÉXICO

(Fotografías remitidas por D. Luis de Larroder.)



El jefe de la revolución D. Francisco Madero y el último de sus hijos

En anteriores números hemos dado cuenta del movimiento revolucionario mexicano y de las consecuencias que había tenido para aquella floreciente república, la principal de las cuales y la más importante ha sido, sin duda, la dimisión del general D. Porfirio Díaz que, desde hacía veintisiete años, venía rigiendo los destinos de México.

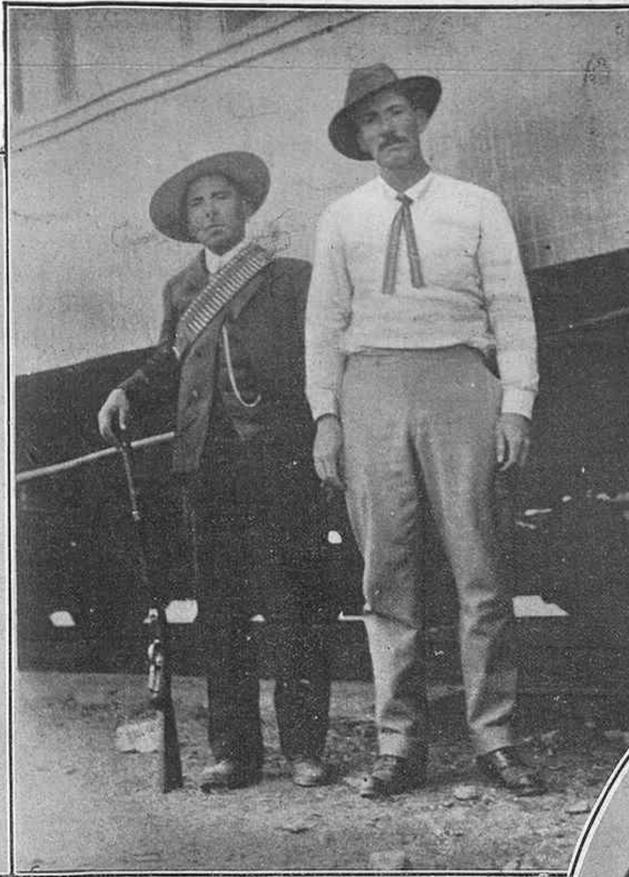
Hoy completamos nuestras anteriores informaciones publicando algunos interesantes grabados relativos a la insurrección, y con este motivo estimamos oportuno exponer algunos datos sobre la misma y



D. Francisco Madero (el que lleva el brazo en cabestrillo), Gómez, Orozco y algunos otros cabecillas.

dar algunas noticias acerca de los más recientes sucesos con ella relacionados.

Hace unos seis meses empezaron a levantarse en la parte Norte de la República algunas partidas de revoltosos dirigidas por D. Francisco Madero, per-



Pascual Orozco y su hijo

Orozco ha sido el mejor guerrillero de la revolución y el que dirigió la toma de Ciudad Juárez

teneciente á riquísima familia mexicana y que desde mucho tiempo antes había iniciado una campaña en la prensa y en reuniones públicas contra el general Porfirio Díaz y contra su política, sobre todo desde las últimas elecciones de presidente y vicepresidente efectuadas á fines de 1910.

En un principio, no se dió importancia al levantamiento; pero éste en pocos meses adquirió una fuerza que nadie podía imaginar, de tal manera que el gobierno entró en tratos con los revolucionarios á fin de evitar el derramamiento de sangre. Pactóse un armisticio y empezaron á discutirse proposiciones de paz que no tuvieron éxito porque los revolucionarios exigían la dimisión inmediata del presidente Díaz, á lo que éste se negó, explicando su negativa en un manifiesto al país. Rompiéronse, en su consecuencia, las negociaciones y á los pocos días, después de una lucha reñidísima por ambas partes, Ciudad Juárez caía en poder de Madero, quien establecía allí su cuartel general nombrando un gobierno enfrente del constituido.

A todo esto, generalizábase la guerra en todo el país; la revolución había prendido en todos los ámbitos de la República y aun temíase que la capital



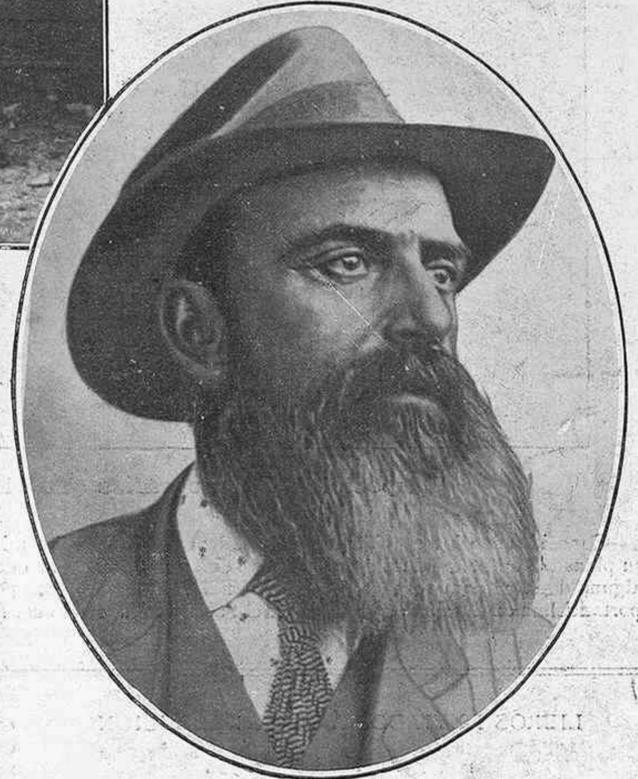
El jefe de la revolución D. Francisco Madero y su Estado Mayor

fuese tomada por los maderistas. Además, el bandolerismo, aprovechando la revuelta, dejaba sentir sus efectos en ranchos y haciendas.

Ante tan difícil situación entabláronse nuevas negociaciones cuyo resultado fué, como ya sabemos, la dimisión del presidente Díaz y del vicepresidente Corral.

La revolución mexicana, al triunfar, ha dado un alto ejemplo de civismo respetando la Constitución y reconociendo como jefe del Estado al que, por precepto constitucional, debía quedar en posesión de la primera magistratura, á D. Francisco L. de la Barra; la circunstancia de ser ministro de Relaciones Exteriores nombrado por el presidente dimisionario no ha sido obstáculo para que Madero y los suyos le hayan reconocido y ofrecido todo su apoyo, á fin de que pueda gobernar tranquilamente hasta que se efectúen las nuevas elecciones para la presidencia y la vicepresidencia de la República.

Otra prueba de elevado patriotismo han dado los revolucionarios triunfantes: el señor Robles Domínguez, representante ofi-



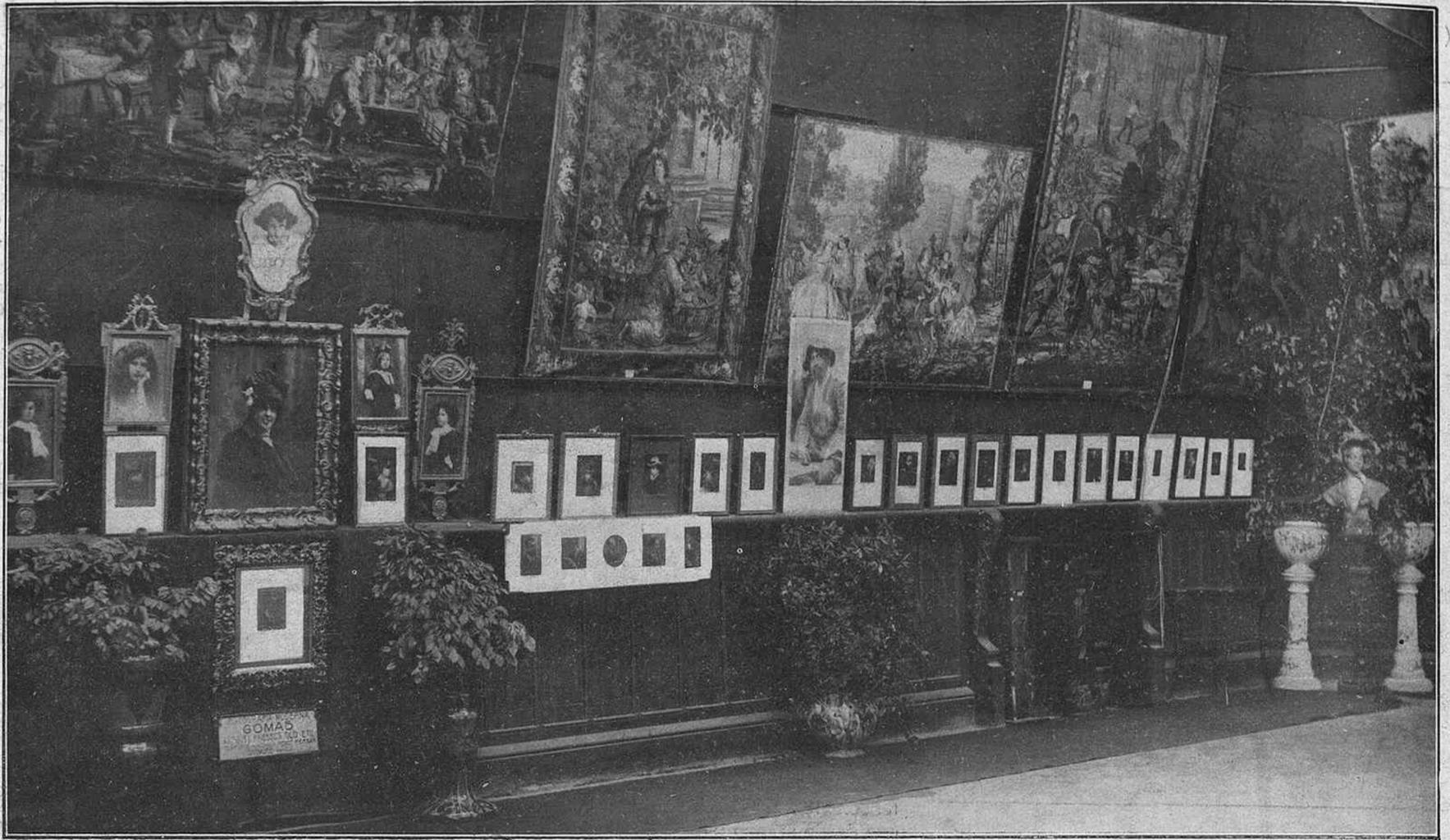
D. Luis Moya,

uno de los principales cabecillas de las fuerzas revolucionarias

cial del Sr. Madero en el distrito federal, ha declarado en el *Correo de México* que profesaba al general Díaz una admiración sincera y una profunda veneración, sentimientos que con él compartían todos los mexicanos dignos de este nombre, y que en un porvenir próximo, el nuevo gobierno propondría al Congreso que proclamase al general benemérito de la patria. Ha declarado, además, que el partido maderista

no ejercería ninguna represalia y que conservaría á todos los empleados y funcionarios, aun á los más adictos á la causa porfirista.—R.

## BARCELONA.—SALÓN PARÉS



Exposición de fotografías obtenidas con el procedimiento pigmentario por Emilio Fernández (dit Napoleón)

Conocidos son los notables trabajos del artista-fotógrafo Emilio Fernández (Napoleón) y su plausible empeño en adoptar cuantos adelantos ofrece el moderno arte fotográfico: mas si alguna duda cupiera respecto de competencia, la desvanecería por completo la nutrida e importantísima exhibición organizada en el Salón Parés, en el cual figuraban excelentes trabajos

ejecutados por el procedimiento pigmentario, la mayor parte de los cuales evocan el recuerdo de las magistrales obras de los Holbein, Rembrandt, etc., admirables por sus contrastes de claro oscuro y la exactitud y apreciación de sus valores.

Reciba el distinguido artista nuestra más entusiasta enhorabuena.

## LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

## POR AUTORES Ó EDITORES

MANUAL DE AGRICULTURA Y DE CONSTRUCCIONES É INDUSTRIAS AGRÍCOLAS Y PECUARIAS, por José Bayer y Bosch. — Obra de grandísima utilidad para los agricultores, puesto que en ella se explican con todos los detalles y la amplitud necesarios cuantas materias se relacionan con la agricultura, la fitotecnia, la economía rural y la construcción, instalación y agrupación de edificios necesarios en una explotación agrícola. Un tomo de 800 páginas con multitud de grabados, editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, 12 pesetas.

LA COMUNIÓN DE LOS NIÑOS INOCENTES, por el P. Ramón Ruiz Amado, S. J. — Obra inspirada en las recientes disposiciones de la Santa Sede que contiene provechosas instrucciones pedagógicas, tiernas plegarias y una Misa Eucarística. Un tomo de 96 páginas editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 25 céntimos.

EXCURSIONS CURTES, por V. de Lasserra. — Obra interesante para los aficionados á excursiones cortas, pues las que

en ella se describen, con ser en extremo pintorescas, pueden efectuarse desde Barcelona en un día. Un tomo de 116 páginas con un mapa; forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» y se vende á 50 céntimos.

LA COMUNIÓN FRECUENTE DE LOS NIÑOS, por el P. Julio Lintelo, de la Compañía de Jesús, traducción del P. Jaime Pons, de la misma Compañía. — Folleto de gran interés para los padres y educadores, pues, ajustándose á las sabias enseñanzas del Sumo Pontífice, resuelve de un modo claro y contundente las varias dificultades que á la Comunión de los niños pudieran oponerse. Un opúsculo de 32 páginas editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 15 céntimos.

TEXTO DE GEOGRAFÍA GENERAL DE COLOMBIA, por Francisco Javier Vergara y Velasco. — Este libro es un extracto de una obra extensa del mismo autor arreglada para la enseñanza elemental. Un tomo de 88 páginas con numerosos mapas y vistas, editado por la Librería Colombiana.

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, por el R. P. Ignacio Schmid, de la Compañía de Jesús, traducido por el R. P. Juan M. Soldá, de la misma Compañía. — Es el devocionario del Sagrado Corazón más completo, mejor do-

documentado y el más profundamente sentido de cuantos andan en manos de las personas piadosas. Puede servir al mismo tiempo de libro de lectura espiritual y de devocionario. Un tomo de 470 páginas, encuadernado en tela y editado en Barcelona por Gustavo Gili. Precio, 1'50 pesetas.

MI RISA. DEL HUMORISMO AL SARCASMO, por Luis Anón del Olmet. — Colección de crónicas sobre los más diversos asuntos y que tienen el encanto de la sinceridad, del sentimiento, de la elevación de ideas. Son páginas de cosas no sólo vistas, sino también vividas profundamente por un alma noble, observadas minuciosamente por un espíritu potente y escritas por un verdadero literato. Un tomo de 348 páginas impreso en Madrid en la imprenta de «Alrededor del mundo.» Precio, 3'50 pesetas.

EL MIEDO DE VIVIR, novela de Enrique Bordeaux, traducción de Juan Gil Angulo. — Esta preciosa novela, premiada por la Academia Francesa, une á su fondo altamente moral y vigorizador los atractivos de una acción de interés siempre creciente y de un estilo elegante. Un tomo de 376 páginas, que forma parte de la Biblioteca Emporium publicada en esta ciudad por Gustavo Gili, y lleva numerosas ilustraciones de E. Pascual. Precio, en rústica 3 pesetas; en tela inglesa, 4.

## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, POR D. MODESTO LAFUENTE, CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS  
POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN